

LA CASA DE LA SEÑORA BADEL

En realidad el viaje empieza cuando uno nace, este esta compuesto por otros viajes que son consecuencia del anterior, donde cuando y como termina, es obra del destino.

Este havia comenzado en Caracas. E íbamos hacia Mérida. Ya aviamos embolsado la arcilla en sacos de sal vacíos 46 toneladas y lo cargamos en un camión en la Guaira, al borde del Atlántico, para que fueran transportados hacia Tobar, un pequeño pueblo a unos 100 Km de Mérida. El camión havia salido el día anterior, nosotros iríamos en el coche, mi hijo y yo. Yo tendría que hacer un mural enorme en una Plaza del dicho Pueblo.

¿Qué iba pasar, en que lugar se modelaría, donde se cocinaría? Todo era una incógnita. El Paineil media 100m de largo y 4m de alto. Además tenia que hacer una escultura que lo sobrepasase en altura, más de 5 m. Enfim, como dice Martín Fierro –“Primero vamos andando, después sabremos donde.” E ahí no más partimos, casi de noche.

Tendríamos que cruzar toda Venezuela, los Andes, llegar a Mérida que está en la frontera con Colombia. Como las 4 de la tarde, yo no daba más. “Pata y pata”, y un calor terrible. Llegamos en un pueblito en el cual parecía que no vivía nadie, ningún cartel, nada. A la salida del pueblito estaba parado un viejo, parecía petrificado, embalsamado, apoyado en un bastón. Paro el coche e le digo:- “Buenas Tardes, señor, ¿me podría decir cuanto falta para llegar a Mérida?” Lentamente, giró la cabeza, me miró y tardo bastante tiempo en decirme: -“Ahora es que falta.” Y volvió a mirar el infinito. “Empezamos mal”, me dije. Cruzar los Andes de noche no me pareció muy prudente, así que pasamos la noche en aquel pueblo que ni sé como se llamaba, y por la mañana temprano partimos otra vez. Cómo a las once comenzamos a subir los Andes, que por el Caribe es muy distinto al nuestro cuando se cruza por Mendoza hacia Chile, es más imponente, más solitario, más aterrador. Por el Caribe, a causa del clima tropical, lujurioso por su vegetación. Curvas y curvas. Antes de subir los Andes, ay que pasar por el llano, 45 grados a la sombra, luego a medida que se va subiendo el clima se hace más frío. Llegamos a Mérida, una ciudad muy bonita, con los Andes al fondo, de allí a 100 kilómetros estaría Tobar. Este camino es extremadamente peligroso, lleno de profundos precipicios, y por todo el borde esta lleno de pequeñas cruces que recordaban los que se avían despeñado. ¡También estos ‘venegas’ chupaban que daba miedo. Yo en mi tierra havia conocido poderosos “catorces”, pero nosotros al lado de estos éramos “nenes de teta”, y claro “en pedo” por estos precipicios perdías. Al fin, casi a las dos de la tarde, llagamos al famoso pueblo. Todo el quedaba al borde de la única carretera. Era viejísimo, colonial. Luego me enteré que por allí paso Bolívar con su ejercito, camino de Santa Marta, Barranquilla y Cartagena donde en el barrio de Jetsemani levanto a los negros para incorporalos a su ejercito. Todo esto quedaba al otro lado del Lago de Maracaibo. El Pueblo era algo extraño. Cuando llegamos, havia un sol espléndido, pero para nosotros seguía siendo raro. ¿Qué nos depararía el destino allí? Nos dirigimos a la extensión Universitaria, el camión ya havia llegado. Pregunté al director si sabia de una casita o algo así para alquilar, ya que por mis cálculos el trabajo no tardaría menos de un año. El director me dice: -“Mire, de aquí a dos cuadras hay una casa muy antigua y muy grande, la casa de la Sra. Badel, y creo que la ha dividido y la parte de la esquina la alquila, valla y vea”. –“Gracias.”, le dije. Hable con dicha señora que tendría unos 50 años, muy delicada y suave al hablar, se notaba que havia pertenecido a la aristocracia, pero quién sabe porque motivo estaba en franca decadencia, tenia una hija y dos hijos y era viuda. En seguida arreglamos. Lo que alquilaba estaba recién refaccionado y parecía nuevo, a pesar de su entorno muy viejo y vetusto. Tenia una sala grande y inmediatamente compramos unos caballetes y unas puertas con la cual hicimos tres

mesas para trabajar, hacer bocetos etc; compramos también una cocina y un calefón eléctrico de esos muy baratos y efectivos que habían en ese tiempo. También había traído mucha tela para pintar, la fui doblando por capas, le puse una estera de junco y pronto. A mi hijo le compre un colchón. La verdad que parecíamos pintores chinos de la dinastía 'Mingia', pero en tres días estaba la casa armada. Dos palos de escoba viejos pusimos en los ángulos de la pieza y allí colgábamos las 'pilchas'. En realidad por lo que dura 'esta historieta de vivir' uno no necesita más nada, luego hay que tener ganas de vivirlas y alegría de vivirlas. En una pensión de la carretera íbamos a comer, la cosa andaba bien. Para realizar el trabajo nos prestaron un viejo mercado abandonado que tenía una manzana, justo! Donde íbamos cocinar el mural, luego se veía. Por el momento todo se fue arreglando perfectamente. Conseguimos tres muchachos que nos ayudarían, estábamos contentos. Nos fuimos almorzar y tomamos unas buenas cervezas bien heladitas. Mi hijo, que por este entonces tenía 17 años (yo me había separado de la madre hacía mucho tiempo), andaba conmigo para arriba y para abajo. Siempre fue muy observador y, de pronto me dice -"Todo está muy lindo", cortó un pedazo de milanesa, la puso en la boca, empezó a masticar lentamente. -"Todo está muy lindo ¿y que?, Le digo. -"! Pará, no ves que estoy comiendo!" (Era medio chinchudo el loco). -"Todo esta muy lindo", continuo, "el pueblito, la gente, pero, para mí "aquí se cuecen habas". -"Bueno, le digo, ya veremos "que habas se cuecen". Se empezó el trabajo y las cosas iban andando bastante bien. Este lugar tenía una particularidad, como a las 4 o 5 de la tarde (Estábamos en plena Cordillera), empezaba una niebla que poco a poco iba cubriendo a todo, esto le daba un aspecto extraño y lúgubre, parecía que estábamos en la Transilvania. Además había entre los personajes del pueblo algo más que pintoresco, inclusive la casa era inquietante, típicamente colonial, con los cuartos al redor y en el medio un enorme jardín, muy descuidado, donde las malezas se juntaban con las flores. Nosotros no teníamos acceso a dicho Jardín. Yo lo vi, por primera vez, desde una ventanita que había en la sala, no le di importancia, al principio, pero una noche vi que había una luz, como de una vela encendida. Volví a mirar de mañana y la vela seguía encendida dentro de una capilla que no era pequeña. A la noche siguiente volví a mirar y la vela seguía encendida en la capilla, ya no me gusto. Vuelvo a mirar de día y seguía la vela prendida. Yo me puse medio nervioso. Voy y le cuento a mi hijo, va él, mira y me dice: -"Yo te dije, "aquí se cosen habas."". Por la tarde voy y le pregunto a la Sra. Badel -"Despúlpeme Sra., vengo hacer una pregunta, ¿por qué siempre tiene esta vela prendida en la capilla?" -"Mire, Sr., me dice, aquí paso una gran desgracia, una tragedia muy grande ¿Vio la farmacia que está frente a su puerta?" -"Si, le digo." -"Pues bien, allí mi marido mató un hombre con un tiro por la espalda. Luego, al tiempo mi marido también se murió y por el alma de los dos siempre tengo esta vela prendida, para que descansen." Yo ya allí, me "raye". Entonces, de día trabajaba en el mural, luego de noche, agarraba una hoja de papel de dibujo, dibujaba el perfil de un ranchito en toda la hoja y empezaba a llenarlo de cosas que se me ocurrían. López Rega, Perón, un perro, una señora cebando mate, y así llenaba todo el espacio, cada noche hacía uno. Yo tenía una novia jovencita que había dejado en Caracas, de familia tipo nuevo rico, en este momento en Venezuela había una cantidad de 'mosca infernal', tenía 5 hermanas mujeres y un hermano, con aire de querer ser aristocrático. Un día se dieron cuenta de todo el asunto, de que yo andaba con la hermana, para este personaje yo era un argentino 'chuleta' y muy viejo para su hermana, pero en fin, como ella se había escapado y había venido conmigo el me citó en un bar de Caracas, y me dice: -"Mira, chico, o tu te casas con mi hermana o te hacemos salir de Venezuela, te hacemos detener y te metemos un sobre de cocaína adentro del bolsillo." Yo le digo -"Sr., miré yo soy casado y en mi país no existe el divorcio." -"Por esto no hay problema, nosotros

lo arreglamos todo.” (Después me enteré que para arreglar todo le salió 10 mil dólares.) –“Muy bien le digo, ya que tiene que ser así, que así sea.” El trabajo casi ya estaba terminado, ‘claro está luego de mil peripecias’, entonces le digo a mi hijo:- “Bueno, tendremos que ir para Caracas. Vos me acompañarás para mi casamiento. Como a Cristina le dan una Beca por 4 años en Roma, ustedes se van, buscan una buena casa, yo vuelvo aquí a Tobar, termino, cobro y me junto con ustedes allí.” Y así fue. En Caracas se hizo una gran fiesta bien tipo nuevo rico, mi hijo la filmo y nos ‘cagábamos de risa’ de todo y bueno, ellos dos se fueron para Roma. Ellos partieron, yo volví para Tobar, termine el trabajo, cobre y ahora tenía que pensar con todas las cosas que se habían amontonado durante un año en la casa. Algunas pinturas conseguí vender a un Sr. Muy rico del pueblo, lo único que me guardé fueron todos los dibujos que hice durante las noches sobre el asunto de la capilla. ¿Y el auto? Yo pensé ‘Todo fue demasiado bien’ y cuando a mi todo me va demasiado bien empezó a desconfiar, no sé porque, desconfío. De pronto me acuerdo de la película ‘El salario del miedo’, donde Yves Montand con otro que no me acuerdo el nombre, llevan un camión cargado de dinamita por los Andes venezuelanos, después de mil aventuras consiguen el objetivo y al volver chau, pierden. ‘A no , me dije yo, vendo el auto aquí mismo y me voy en avión a Caracas’. A los dos o tres días partí para Roma, Cristina y mi hijo me estaban esperando en Fuimichino, cuando llegamos a la casa no me la podía creer. ¡Esta casa tengo yo, no puede ser! Los ventanales de lo que iba a ser mi taller daban al Foro Romano, era del 1400, pero adentro arreglada súper-bacán. Yo dije entre mi ‘O sufrí mucho y el destino me premia, o después de esta me tocan 10 años de orca.’ Me despertaba bien tempranito, me iba caminando asta Campo di Fiori, ahí adonde esta el monumento a Jordano Bruno, adonde havia una feria desde hacia mil años, me elegía las cosas para la comida del medio día, el vino que iba tomar y volvía para casa. Cuando pisaba las piedras pensaba: ‘Por aquí pasó Julio César, Nerón’, estaba alucinado, luego me ponía a trabajar muy contento pues me habían conseguido una Galería en los Campos Elísios, en Paris. Tendría un año para trabajar, ‘tranquilo y manso’, havia ‘guita’ como para aguantar 5 años. Con Cristina me llevaba sensacional, de noche ella tocaba el cuatrico y yo cantaba, nunca havia sido tan feliz en mi vida, ni siquiera televisión tenia. Yo le havia comprado una Pailebolex 16 mm mi hijo y una moviola y este siempre hacia alguna locura linda. Yo cantaba todo el día y pensé que me lo merecía. Fue pasando el tiempo y se acercaba la fecha de la muestra, tenía un montón de trabajos, pintura, escultura, cerámica. Cuando uno é feliz parece que todo le sale bien. Empecé a elegir los trabajos que iba exponer pues la Galería era muy grande. Ya casi havia pasado un año y Venezuela, Tobar, todo pertenecía al pasado, a otro viaje. Tenia todo ya preparado, de golpe miro y veo la pila de dibujos que havia echo en Tobar, y no sé porque elegí dos de ellos. Cometí un error que podría haver-me sido fatal, de ‘puro indio no más’. En vez de mandar todo en avión y listo, no, me compré un auto, llame una amigo a Paris para que me acompañara, cargamos el coche hasta las verijas y partimos. Cuando llegamos a Veintimiglia, del lado italiano, pasamos bien, cuando pasamos el puente del otro lado, del lado francés Mentón me para un ‘cana’ me pregunta: -“ ¿Cuánto es el importe de lo que lleva allí cargado en el auto?” Porque en realidad el coche ‘daba una bandera’ terrible. Cómo un boludo voy y le digo: -“50 francos.” – “¡A sí, perfecto, baje todo que se lo compramos nosotros!” ¡Hijo de puta! Cómo safe sería muy largo de contarlo, me alejaría demasiado de esta historia, la cuestión es que el otro día seguimos viaje. Llegamos, lleve todo a la Galería, y a los pocos días vino la inauguración. Cuando llegué estaba lleno de gente, los trabajos colgados, la televisión francesa, por ahí vi algunos amigos de mi hermano músico, Paco Ibáñez, Mustaki, pero esto no me alegraba mucho, nunca me gustó ser el centro, fui siempre muy tímido, estaba

acostumbrado a no ser nadie, más bien, me gustaba no ser nadie, que yo me acuerde desde que era un niño, para mí siempre fue normal que no me festejarán los cumpleaños. Me fui para el lado de escritorio adonde estaban los dueños, en eso suena el teléfono, el Sr. Atiende, me mira y me dice, es para usted desde Roma. Agarro el tubo y se escucha Gardel cantando “El sol del 25 viene asomando...” era mi otro hermano, el que mataron, que había quedado en Roma, mi mujer también, a pesar de ser jovencita fue sabia, no vino, me dejó libre. Saludé efusivamente y colgué. En esto viene la dueña de la Galería caminando muy rápido. –“ ¡Ya vendió dos dibujos!!”, me dijo. –“ ¿Cuáles?, le digo yo. –“Aquellos que están en la punta.” –“ ¿Quién lo compró?” –“Este Sr. que está al lado.”

Y para allí arranqué, al encuentro del dicho Sr. Medio le quiero ‘chapear’ en francés, pero el tipo me dijo: –“Habla en castellano, chico.” –“ ¡Usted es venezolano!”, le digo. A mí me agarro una especie de electricidad en el cuerpo. –“Usted, sabe adonde yo hice estos dos dibujos?” –“No”, me responde. –“En Venezuela”, y ahí no más arranco con una ansiedad terrible, parecía un loro ‘que le pusieron un pucho en el culo’. Sin parar le empezó a contar que fue en Tobar, que la casa de la Sra. Badel, que el marido había matado un Sr. por la espada, la capilla con la vela, conté todo sin respirar y de ‘un solo saque’. Cuando terminé el tipo me miró, yo lo miraba y lentamente me dice: –“Yo soy el hijo del muerto.”